

Fabregues vaciló unos segundos, pero se decidió en seguida.

Se sentó á un velador, escribió con mano nerviosa dos líneas en un papel, lo encerró en un sobre y lo dejó caer por la ventana en manos del *groom*, diciéndole:

—A casa del doctor Brousse, en seguida.

Sulpicio marchó como una flecha.

Diez minutos después el profesor leía con cierta admiración esta carta:

«El doctor Fabregues suplica encarecidamente á su eminente compañero, se sirva venir inmediatamente á consultar con el doctor Jordal acerca de la grave enfermedad de madama Fabregues.

DR. FABREGUES.»

El viejo fué casi detrás del criado, que anunció su llegada.

Al primer golpe de vista, después de oír á Jordal, miró severamente á Fabregues y le dijo:

—¿Tiene familia esta pobre joven?

—Sin duda... una tía...

—¿Está lejos de aquí?

En Royat.

—¿La habéis prevenido?

—Todavía no.

—Mal hecho... avisádlas.

—De modo, que suponéis...

Brousse dejó escapar un sordo gruñido.

—¡Pardiez, caballero. Supongo que lo sabéis tan bien como nosotros. Si esta pobre joven conservaba algunas probabilidades de curación hace algunos días, hoy no tiene ninguna, gracias á esa infernal droga...

—Doctor.

—Ya lo he dicho, caballero; ántes de cuarenta y ocho horas, la infeliz habrá muerto.

Juliana cayó de rodillas al pié del lecho.

La enferma deliraba.

Sus manos parecían espantar fantasmas y de sus labios se escapaban estas frases, casi ininteligibles:

—Pedro, á mí... socórreme.

XXVIII

Aquel día se renovaron con carácterés de más apasionamiento, las discusiones de *la fosa de los leones* entre el cuerpo médico de Mont-Dore.

Fabregues tuvo muy pocos defensores que no se distinguían ciertamente por su entusiasmo.

La imprudencia del gascón, por no decir otra cosa, era juzgada muy severamente.

Brousse y Jordal, aun esforzándose por encerrarse en los estrechos límites del secreto profesional, no podían menos de mover la cabeza ante las preguntas conque les abrumaban por todas partes, y contestar con estas pala-

bres, tan amenazadoras en labios de un médico:

—Es cosa grave... muy grave.

Además circulaban una porción de rumores. Miette no se ocultaba para decir que Fabregues no había hecho más que un matrimonio de conveniencia, que abrigaba tiempo ha una pasión por una joven y quería ser rico para casarse con ella.

Miette lanzaba todo el veneno acumulado desde hacía años contra el antiguo huésped del hotel Pavillón.

Fabregues tenía además contra él sus afanes durante largo tiempo en la lucha por la existencia con el fin de enriquecerse.

También existían pruebas de la fortuna de los señores de Breville. Aparte de otras los espléndidos diamantes del concierto destellando sobre el vestido y los cabellos de Matilde, brillaban aun ante los ojos de los enemigos y de los envidiosos de Fabregues.

Miette estaba de enhorabuena.

Una circunstancia que no se debía á la casualidad, vino á confirmar las sospechas de las gentes.

Elena, informada del estado de Matilde por los viajeros, fué á escape á Mont-Dore.

Miette estaba precisamente en la puerta del hotel cuando llegaba la hermosa joven, y por una de esas coincidencias raras en la vida, bajaban de un landó, procedentes de Clermont, la señora de Breville, D'Aubagny, el doctor Bordat y Pedro de Bures.

—El despacho de Fabregues, al que seguía una palabra del doctor Jordal, les sorprendió cuando más fiaban en la curación de la enferma.

El despacho era lacónico, pero terrible por su misma brevedad.

«Venid, sério peligro; estoy desesperado.»

El doctor Jordal había añadido:

«No perdais un minuto.»

La señora de Breville y el doctor Jordal se dirigieron inmediatamente á casa de Fabregues. D'Aubagny y Bures esperaron en el hotel.

En el momento que pasaba Elena para conducir su caballo á casa de unos amigos, de Bures pedía noticias á Miette.

Esta saludó amistosamente á la joven, que le devolvió el saludo.

Y señalándola, dijo al oficial:

—Es una hermosa mujer, ¿eh?...

—Es verdad.

—Es tan buena como hermosa. Si quisiera hablar, podía ella decirnos muchas cosas.

—¿Sobre qué?...

—Sobre lo que sucede. Por algo se titula Elena la quinta del doctor.

De Bures quedó impresionado por las palabras de Miette.

Dió algunas vueltas con D'Aubagny por la plaza Mayor, en donde el mercado de las bestias había terminado.

A las cinco de la tarde la plaza estaba casi desierta.

El oficial tenía la mirada viva y el espíritu tan penetrante como delicado.

—¿Conoceis á esa jóven que acaba de pasar? —preguntó á D'Aubagny.

—Un poco.

—¿Quién es?

—Una hija del país á la que la casualidad ha conducido á París.

—¿En qué se ocupa?

—Trabaja para vivir, en el establecimiento de una afamada modista. Ya conocéis el título de esas casas....

—¿Vestidos y abrigos?....

—Justamente.

—¿En dónde?

—En la plaza de la Magdalena. Conozco á la dueña.

El oficial preguntaba á D'Aubagny con voz breve y seca, que revelaba una emoción profunda.

D'Aubagny era parco en sus respuestas, evitando cuanto podía aumentar la irritación de su compañero.

Pero estaban unidos por muchos lazos de parentesco y de afecto para que pudiese negarse á satisfacer su curiosidad.

Además, lo estaban por un odio común, y así lo comprendían sin necesidad de explicaciones.

Pedro de Bures se detuvo de pronto ante su pariente y la preguntó:

—¿Por qué dice la criada que si esa joven

quisiera hablar podría decir mucho acerca de lo que sucede?

—Pero...

—¿Lo sabéis quizá?

—Sí; pero quisiera no decíroslo.

—Os lo ruego.

D'Aubagny respiró ruidosamente.

—Esto se complica—dijo para sí, conociendo el carácter del oficial.

Pedro de Bures es uno de esos hombres tanto más enérgicos cuanto son más bondadosos. Poco predispuestos á apasionarse, necesitan motivos serios para amar ó para odiar; pero sus odios y sus amores se parecen á esos corpulentos árboles de tanta más larga vida cuanto más tiempo necesitan para desarrollarse y más espacio para vegetar.

D'Aubagny no ignoraba la tierna pasión de su pariente por Matilde. No le había hecho muchas confidencias, porque su amor disimulado le daba cierto fondo de tristeza y de reserva que nublaba su natural alegre y sus expansiones juveniles. Pero el barón había sido testigo mudo de las luchas secretas de Pedro de Bures cuando ahogaba el grito de su corazón y se alejaba con la desesperación en el alma de la encantadora joven, á quien no hubiera querido nunca abandonar.

¿Pero qué hacer?

¡Mentir! ¡Negar la evidencia! ¡Ocultar al amigo de la infancia la odiosa historia de aquel hombre á quien tanto despreciaba!

¿Era aquello posible?

D'Aubagny se decidió, y lo dijo todo.

Pedro de Bures no dijo una sola palabra durante el relato del barón; pero sus dientes apretados, el brillo de sus ojos, la vibración de su bastón agitado por sus nerviosos dedos decían más que todas las palabras para revelar el estado de su ánimo.

Con tono en apariencia tranquilo le preguntó después de un instante:

—¿Habéis leído sus cartas?

—Sí.

—¿Habéis oído sus declaraciones en Murols?

—Como estoy oyendo vuestras palabras.

—Decididamente es un miserable.

—Nunca lo he dudado.

—Podéis hacerme un servicio.

—Si solo depende de mí...

—Deseo no encontrarme con ese hombre.

—Y bien...

—Pero quisiera ver á mi pobre Matilde.

—Es probable que Fabregues salga de su casa, aunque sea por poco tiempo...

—Sin duda, puesto que la otra está aquí. Entonces quisiera yo poder dar... á Matilde... el último adiós.

La voz del joven estaba visiblemente alterada: no hay nada tan punzante como el dolor que agobia á un hombre fuerte, como una tempestad destroza y dobla los más vigorosos árboles.

Pedro de Bures se limpió dos lágrimas que

resbalaron por sus mejillas, y d'Aubagny apartó no ver.

—¿Puedo contar con vos?—preguntó el oficial.

—Sabéis que sí, amigo mío.

El barón reflexionó un instante.

—¿Conocéis la calle Favart?—preguntó á su pariente.

—¿Al final de la calle del Casino?

—Sí.

—Cuando yo entre en casa de Fabregues, paseaos por los alrededores, y cuando salga el doctor, os lo avisaré.

—Bien.

—¿Por qué no queréis encontraros con él?

—Porque no quiero que me conozca.

—¿Tenéis algún plan?...

—Sí, tal vez; más tan confuso aún...

—El mal es irreparable. ¿A qué pensar en una venganza inútil?

—Lo que ha hecho ese hombre es un crimen...

—Sin duda.

—¿Y ha de quedar impune?

—Es de los que escapan á la acción de las leyes.

—Razón de más—dijo amargamente el oficial. Al decir esto sacó el reloj.

—Las seis—murmuró,—y nada aún... ¡Ah! ¡qué espera tan larga!

Y levantando la cabeza, vió al doctor Bordat, que les buscaba.

—¡Y bien!—le preguntó.
 —Está muy mal...
 —¿Cómo ha sido eso?
 —No me atrevo á decíroslo.
 —¡Esto es espantoso!—murmuró Bures.
 —Si.
 —¿Y la baronesa?
 —Pasará la noche á la cabecera de su sobri-
 na. La pobre joven no le ha conocido.

—¿Delira?

Bordat guardó silencio.

A las siete, según lo convenido, Pedro de Bures paseaba por la calle Favart, sin que nadie fijase en él la atención.

Al poco rato vió á Juliana salir de la casa del doctor.

Al verle, la criada se acercó á él y le dijo:

—Venid.

XXIX

La baronesa de Breville quedó estupefacta al entrar en la habitación de su sobrina con el doctor Bordat.

Fabregues, sentado á la cabecera de la enferma, parecía presa del dolor más profundo.

Hundida la frente en la cama, teniendo una de sus manos sobre una menuda mano diáfana, ardiente, ofrecía á los ojos de los criados la imagen más viva de la desesperación.

En apariencia era un hombre abatido por un infortunio imprevisto.

Al ver al doctor Bordat, se levantó con la turbación de un reo ante su juez.

Bordat, sin pronunciar una palabra, se aproximó á la enferma, mientras la baronesa preguntaba con la mirada á Juliana.

Esta no pudo menos de exclamar en voz baja:

—¡Ah, señora!...

El mal había hecho progresos increíbles en algunas horas. Matilde no era ni sombra de sí misma.

La habitación despedía fuerte olor á éter. Las medicinas esparcidas sobre la chimenea indicaban que se había combatido el veneno por todos los medios posibles.

El estado de la joven demostraba que se había combatido sin éxito.

Bordat suspiró y se mordió los labios.

No hizo ni una pregunta á su antiguo amigo. ¿Para qué?

En cambio procuró interrogar á la enferma; pero ésta no le conoció. Tampoco reconoció á su tía, que, inclinada sobre ella, le decía al oído:

—Soy yo, Matilde... ¿Sufres? Ya estamos aquí... No te abandonaremos más.

La joven, ánhelosa, vencida, aplanada, sin fuerzas, sólo respondía con gemidos, llevándose la mano á la cabeza como para arrancar un dolor lacerante, y agitándose con los accesos de una tos cavernosa.

Gruesas lágrimas se desprendían de los ojos de la baronesa.

Pasados algunos minutos, Bordat se volvió hacia Fabregues, que parecía convertido en estatua.

—¿Has visto á otros médicos?— le preguntó.

—Sin duda.

—¿A quién?

—A Jordal, que desde hace mucho tiempo la visita, y á Brousse esta mañana.

—¿Y...?

—¿Qué quieres que hagan?... ¡Esto es para romperse la cabeza contra la pared—añadió, pasando sus crispados dedos por el pelo.

—Yo creía—dijo, señalando el frasco recibido de Berlín, que esto era la salvación... Me he engañado... Pagaré mi error con mi vida... La adoraba... Estoy loco...

Bordat le miró fijamente.

Sea que Fabregues no tuviese valor para desempeñar su comedia por más tiempo, ó que le aterrara la presencia de testigos á quienes debía considerar hostiles, se apresuró á decir:

—Os dejo... tengo necesidad de aire... sufro demasiado... mi cerebro estalla. Pregunta á Jordal... á Brousse... á los demás. Puesto que estás aquí, intenta un esfuerzo... haz lo que puedas... yo no puedo nada. Dios está contra nosotros.

Y salió.

Al franquear la puerta de su casa, Sulpicio le habló al oído.

Fabregues respondió bruscamente:

—¿Qué me importa?... Estoy desesperado.

Sulpicio se quedó en la calle, sorprendido. ¿Es que el doctor procuraba engañarle á él también, ó estaba realmente sumido en una desolación en que el malicioso muchacho no creía?

Se quedó mirando á su amo, que entró en la iglesia por la primera vez quizás, desde que Sulpicio estaba á su lado.

Los que estaban en la iglesia vieron á Fabregues arrojarle sobre un reclinatorio y ocultar la cabeza entre las manos.

Se puede pedir todo al cielo, hasta el perdón de un crimen; pero esa comedia cínica de la oración sin arrepentimiento y sin fé, es para atraer sobre el criminal el fuego del cielo.

La luz del día se iba extinguendo rápidamente.

Fabregues salió, y no viendo á nadie ante su casa, se dirigió con paso rápido hacia el camino de Latour.

Sulpicio le había dado cuenta de la presencia de Elena en Mont-Dore.

Sí el groom no se engañaba, debía encontrarla en casa de un amigo de los Sauvat de Murols.

Pronto estuvo delante de aquella casa de humilde construcción, con graneros debajo del único piso de la casa.

Las cuadras, más bajas aun que la casa, ocupaban el fondo de un patio pequeño, y en ellas había media docena de asnos y caballos que su dueño alquilaba á los turistas.

Cuando el doctor Fabregues apareció en la puerta, no vió en la gran sala baja más que una vieja y una muchacha de unos doce años.

—¿Está aquí la señorita Brunoy?—preguntó el doctor.

—¡Calla! ¿Sois vos, señor Fabregues?—dijo la buena mujer reconociéndole en la voz.

—Sí, y bien triste.

—¿Qué os ha sucedido?

—Y sin darla tiempo á contestar, añadió:

—¡Ah! es por causa de la pobre señora. Mi hija me lo ha dicho. ¿Preguntáis por la señorita Elena?

¿Qué queréis? Si es algún recado que se le ha de dar...

—Saber cuando regresa á París.

—No puedo deciroslo. Ha salido con un señor... un gran señor... de París precisamente... que también ha venido á preguntar por ella.

—¿Hace mucho?

—Una media hora. No tardará en venir, porque es hora de comer... ¿De modo que la señora no está bien?

Fabregues suspiró.

—¡Ah!—dijo con un acento de aficción que engañó á la pobre vieja.

La conversación fué interrumpida por la llegada de Elena, que al ver á Fabregues se mostró muy contrariada.

Iba á entrar en la casa cuando el gascón la cogió del brazo y la llevó hacia el camino, diciéndola con dureza:

—Ven, tengo que hablarte.

Ella no intentó siquiera resistir, y siguió á Fabregues, diciendo á la vieja:

—Vuelvo al instante.

—¿Estabas sola?—le preguntó el médico.

—No. Vengo de un hotel que está lleno de gente.

—¿Es D'Aubagny quien te ha venido á buscar?

—En efecto, él ha sido.

—¿Que quería?

—Poca cosa... Repetirme las vaciedades de siempre... Preguntarme cuándo estaré en París...

—Y le has contestado...

—Que dentro de ocho días.

—¿Entonces acaban tus vacaciones?

—¿Pensáis que pierdo el tiempo paseándome?

—¿Y qué harás en París?

—Lo que hasta ahora: trabajar.

—¡Bah! D'Aubagny es rico... Te dará rentas...

—¿Y si yo no quiero?—dijo Elena vivamente.—Si los hombres, tales como los veo, no me inspiran más que aversión... No digo esto por el barón, que es delicado, leal y hombre de honor.

—Todas las virtudes juntas—exclamó Fabregues rechinando los dientes.—Parece que agrada... Ahí está el secreto.

El camino estaba desierto. La noche avanza-

ba, noche estrellada, con un círculo de nubes sombrías por el lado del pico de Sancy, nubes negras de fondo rojizo, amenazador.

—Tendremos viento esta noche—dijo Elena.—Si me atreviera á daros un consejo, os diría que volviéseis á vuestra casa.

—Por causa del viento?—dijo irónicamente el doctor.

—Y también porque vuestro sitio está al lado de la que... agoniza, y no al de una mujer que ni os ama ni os amará jamás.

Elena dijo esto con emoción, revelada en su voz temblorosa.

—¡Ah! Sabes tú también...

—Sí; se habla mucho de esa pobre mujer y de vos. Tened cuidado.

El doctor cogió la mano de la joven.

—¡Qué pueden decir—replicó.—¿Que se ha muerto? Era cosa prevista. ¿Por qué? No parece sino que soy un criminal. Yo no temo nada. ¿Entiendes? ¡Se habla!.. ¿Qué me importa? Quería advertírtelo. Tú vuelves á París, yo estaré también allí antes que tú quizá. Nadie puede acusarme. Tú sola conoces el motivo que me ha impulsado, el móvil de mis actos: el amor que siento por ti. Si tú pensabas rechazarlo, debías haberlo advertido y no dejarme correr tres años tras de la riqueza, destruir mis ilusiones... ¡Culpable! ¡Vamos! Si lo soy es de haber emponzoñado y perdido mi vida por una coqueta, gangrenada por consejos interesados. Yo al menos tengo una cualidad, una

fuerza. Lo que quiero, lo quiero de veras. He jurado que serías mía. Si consientes, pondré á tus pies todo el entusiasmo, la actividad, el amor de mi corazón, te rodearé de todos los goces que puede dar una fortuna adquirida á tan caro precio... Si rehusas, por mi vida, no serás nunca de otro. Nunca, ¿los oyes?

—¿Qué haréis?

—¿Necesito decírtelo?

—Responded.

El bajó la voz y continuó:

—Dices que hablan de mí. Los envidiosos, los médicos desesperados porque les quitaba la clientela. Ahora me envidian porque voy á heredar, y dicen que la he asesinado, como si la ciencia no matase á miles todos los años en los hospitales, en todas partes, entre los ricos y entre los pobres. El hombre que curase á golpe seguro las enfermedades sería tan poderoso como Dios. Ese hombre no existe. Ahora bien; ¿se me trata de asesino, verdad?

Y soltó la carcajada en un acceso de despecho.

—¡Buenos compañeros — continuó diciendo — cómo os reconozco! Yo no he matado á nadie si no es por error, como tantos otros que son celebridades y cuyos actos nadie censura. Pero por tí, Elena, por tí, á quien amo con pasión, con rabia, me convertiría en asesino, si fuese necesario. Esta fortuna que viene á mis manos y que destinaba para tí, la emplearé en espiarte, en seguirte, en vigilar tus pasos, tus accio-

nes, tus preferencias, y juro por mi madre, el único ser por quien he tenido veneración, que no serás de D'Aubagny ni de nadie, aunque debiera, para ello, matarte por mi mano. Y ahora, adiós. Tú lo has dicho. Mi puesto está al lado de la moribunda. Voy allí: su último suspiro me hará libre y rico... Adiós.

Y acercándose á ella y retorciéndola el brazo, le dijo en voz baja:

—¡Ah! ¡Hubiera querido ser amado como yo te amo sólo un día! ¡Hubría dado el resto de mi vida sin sentimiento! ¿Es posible que una joven sea insensible á una pasión así? Tú reflexionarás y volverás á mí.

Y sin esperar la respuesta, se alejó rápidamente.

Al volver un recodo del camino miró hacia atrás.

Elena no se había movido.

De pie, en medio del camino, le seguía con la mirada.

Le pareció verle llevar la mano á los labios y enviarla un beso.

La única luz que alumbraba el camino era la de la luna, que se levantaba por encima del Capuchino.

La joven decidióse á retirarse y entró en su hospedaje turbada y pensativa.

XXX

Cuando Pedro de Bures se encontró cerca de la moribunda, en la quinta Elena, su primera impresión fué la de una inmensa piedad: la que allí veía anhelante, descompuesta por el sufrimiento, luchando contra la enfermedad que debía acabar con ella, había estado adornada de una belleza angelical, era rica, poseía todo lo que hace amable la existencia: los genios que rodearon su cuna, no habían olvidado más que un don: la salud, é iba á morir de una muerte atroz, emponzoñada por una de esas drogas que los modernos alquimistas, buscadores de la piedra filosofal, ponen de moda especulando con la credulidad humana.

La segunda impresión fué de pena, casi de remordimiento.

Con ménos timidez, con menos delicadeza, en una palabra, hubiera salvado á aquella desgraciada niña del abismo en que caía.

Pero ¿podía él prever tales infamias?

La pena y la piedad cedieron pronto el sitio á la cólera, que desde hacía dos meses incubaba en su pecho, dispuesta á estallar al menor chispazo.

El oficial hizo lo mismo que la señora de Breville.

Se inclinó sobre la frente bañada, sudorosa de la moribunda. La llamó con los más tiernos nombres, repitiéndole muchas veces con

aquella voz que conmovía en otro tiempo todas sus fibras: «¿No me oyes?» hasta que ella levantó la cabeza que tenía hundida en los almohadones y que se esforzó por conocerle.

Hubo entre los dos un cambio de pensamientos; ella hizo un esfuerzo y murmuró:

—¿Eres tú, Pedro?

—Sí, soy yo: velamos por tí. ¿Sufres mucho?

—Ahora poco, menos que otros días... No siento nada... Voy á morir... Bendita sea la muerte que me hará libre.

El no trató de engañarla.

Conocía como ella que la muerte era la libertad, y además, con el egoísmo de los enamorados, prefería verla muerta á verla entre las manos del miserable que la había engañado.

Hablaron un instante con cordialidad.

Pedro la habló de su amor, que con los años había aumentado. La juró que no tardaría en juntarse con ella y, por fin, en una especie de éxtasis, ella le dijo:

—Puedo confesártelo todo, Pedro, estando tan cerca de la tumba. Nunca he amado á nadie más que á tí. La fatalidad nos ha separado, pero nuestras almas se unirán en otra parte.

Ahora ya puedo morir: soy dichosa.

A las ocho y media llegaron Jordal y Brousse.

Sus cuidados eran inútiles. La ciencia no podía nada contra el nefasto poder que había des-

truido en tan poco tiempo aquel delicado organismo.

Matilde apenas respiraba: el pulso que tenía estaba desordenado.

—Doctor—dijo la señora de Breville estrechando la mano de Jordal—salvadla.

—Bien lo quisiera...

—¿Es imposible?

—¡Ay! sí.

Brousse sacó su reloj.

—Antes de una hora—dijo—habrá dejado de existir.

El excelente cura de Mot-Dore había sido avisado.

Siempre es una escena conmovedora la del sacerdote bendiciendo la agonía á una joven víctima de ese supremo y siniestro poder que se llama la muerte.

Pedro de Bures, arrodillado en un extremo de la habitación, sollozaba.

Cuando salió el sacerdote, Fabregues entró. Jordal y Brousse estaban aún allí.

La profecía del viejo doctor debía realizarse punto por punto.

A las nueve y diez minutos, Matilde exhaló el último suspiro.

Antes había reunido todas sus fuerzas para llamar á su lado á la señora de Breville y Pedro de Bures, juntando las manos de los dos en las suyas.

Fabregues, al pié de la cama, parecía no ver ni oír nada, y quizá era verdad.

El viejo Brousse se había colocado con intención malévola y calculada entre él y la moribunda.

Al espirar Matilde, Jordal dijo con tristeza:
—Todo ha concluido.

Después sacó fuera á su compañero. Fabregues se creyó en el deber de acompañarles á pesar de sus protestas, y ya en la puerta balbució algunas frases de agradecimiento, cuando Brousse se volvió y le dijo con voz sorda: «¡Maldito! ¡Asesino! á pesar de Jordal, que siempre conciliador, procuraba aplacarle diciéndole:

Verdaderamente, maestro, hacéis mal.

—Sí, gruñó el viejo profesor. ¡Asesino!

Fabregues, exasperado por este apóstrofe se volvió y le gritó:

—Y vos.

Brousse permaneció inmóvil, buscando una respuesta, mientras Jordal le decía para tranquilizarle.

—Esa insolencia no os alcanza. Vamonos.

Y salieron cogidos del brazo.

Repuesto al fin Brousse, declamaba sus catilinarias de costumbre contra el gascón con más energía que nunca.

Ya os había dicho que ese miserable nos cubriría de vergüenza. Es un asesinato lo que ha hecho, lo repito.

—¿Por qué creer eso?

—Sois muy débil: es preciso señalar lo que merece el menosprecio.

Jordal, más convencido de lo que aparentaba, hacia algunas objeciones en términos vagos, y Brousse contestaba cada vez más exasperado.

—¡Envenenador! Yo le condenaría á muerte.

—Pero ¿y las pruebas?—dijo Jordal.—Es médico y eso le salvará.

—Tanto peor para él, para la medicina y para nosotros—dijo Brousse.

XXXI

Apesar de su respuesta, Fabregues había recibido el ataque de su enemigo el viejo Brousse en mitad del corazón, y permaneció como aturdido, sin atreverse á entrar en su casa.

Dió algunos pasos hacia adelante, maquinalmente, respirando con avidez para recobrar el dominio sobre sí mismo.

La noche era magnífica. Pero alrededor de Sancy, las nubes se levantaban cubriendo las cimas.

Al mismo tiempo brillaban en el espacio los fulgores de relámpagos lejanos.

Fabregues estaba muy preocupado para cuidarse de esto.

El apóstrofe ¡asesino! del doctor Brousse le trastornaba el ánimo.

Caminaba sin saber á donde se dirigía. No hubiera podido decir el tiempo que así estuvo: por otra parte, ¿qué le importaba saberlo?

Acababa de recorrer la última etapa en el